



## LA REVOLUCION DE LAS FLORES.

(CUENTO.)

### I.

Hace de esto muchos siglos. Las flores que vivian solitarias y tristes en cierto bosque, empezaron á quejarse de su soledad y de su mala suerte.

—Pues señor, decian, ¿de qué nos sirve ser bellas, suaves, frescas, perfumadas, si hemos de vivir en el fondo de un bosque y hemos de dar nuestros mas dulces perfumes al viento que no sabe qué hacer de ellos? ¡Ah! ¡qué felices son las flores de los jardines! El cultivo las embellece, se las admira y festeja, y su vida es un continuo triunfo. Ya es insoportable este destierro en que vivimos, y debemos pedir á Aquel que nos ha creado que nos saque de aquí, que nos lleve á los jardines.

—¿Y quereis, hijas mias, abandonar este tranquilo y seguro retiro para ir á vivir en medio del mundo? preguntó una flor un poco ajada ya, y que tenia alguna experiencia de mundo. Creedme, Dios hace bien todo lo que hace, y si nos ha hecho nacer aquí

es porque aquí estamos mejor que en otra parte. ¿Dónde está la felicidad si no está aquí, á la sombra de estos bellos árboles, cuyo verde y espeso follaje nos protege del aire Norte y de los ardores del estío, y que no se entreabre sobre nosotros mas que para dejarnos ver el cielo? ¿Dónde hallareis esta maravillosa alfombra de musgo, sobre la que tan bellas y brillantes destacan vuestros colores?

¿Os quejais de vuestro aislamiento? ¿Pues no vivimos durante el dia en compañía de las mariposas enamoradas, y no nos visitan de noche los espíritus invisibles que habitan los bosques y que no tienen secretos para nosotras?

Hijas mias, el mundo está lleno de peligros para las pobres flores. ¡Dichosas las que, como vosotras, viven allí donde no ha podido penetrar el mal!

Siguió á este discurso un ligero rumor, producido por los comentarios que hacian las flores. Ya comprendereis que las flores jóvenes recibieron con desagrado los consejos de la flor prudente

y experimentada. La juventud es siempre aturdida en todas partes.

Algunas, sin embargo, las mas razonables, dijeron, aunque en voz baja y tímidamente, que se debía reflexionar sobre lo que habian oido, que ya se hacia tarde y era hora de dormir, y habia tiempo de pensar maduramente lo que habia de hacerse, pues la situacion era demasiado grave para tomar una resolucion poco meditada. Decian, en fin, lo que se dice cuando se tiene miedo y se quiere ganar tiempo.

Pero las mas impacientes y valerosas respondian que el asunto era urgente, que la vida es corta, sobre todo la de las flores, y debía tomarse una resolucion inmediata.

## II.

—Pues señor, creia yo que nunca iba á acabar su sermon esa vieja, dijo con acritud una de las flores mas levantisca.

—Hija, decia otra, cuando se teme el peligro es señal de conocerlo, y apostarí algo, si lo tuviera, á que esa anciana ha estado alguna vez en los jardines y habrá tenido acaso una vida borrascosa.

—¡Vaya, vaya! murmuraba otra, no hablemos de viejas; todas son cortadas por el mismo patron, tan regañonas, tan fastidiosas.

Y como sucede siempre, las florecillas mas ruines, las que debian haber callado, eran las que hablaban mas gordo y mas alto.

## III.

A todo esto, ya habia llegado la noche y con ella el sueño su compañero. Una y otro habian estendido sus alas sobre la naturaleza. Las flores inclina-

ban ya sus cálices y empezaban á dormir; algunas habia que dormian ya.

Pero velaba en ellas el deseo, y salia del fondo de sus corazoncitos desolados, unido á los mas dulces y suaves perfumes.

## IV.

El perfume de las flores es la plegaria y el incienso que ofrecen al cielo.

Aquella noche subió mas suave que de ordinario, y llegó hasta las gradas del trono del Señor en las alas de los ángeles.

Dios oyó la súplica de las flores de los bosques, y queriendo complacerlas, dijo:

—«Que sea como ellas quieren.»

## V.

En un instante las flores que habian lamentado su triste suerte fueron transplantadas, como por milagro, á un magnífico jardin situado en lo mejor del mundo, y cuando por la mañana se despertaron y agitaron sus hojas llenas de perlas de rocío, vieron que se habia cumplido su deseo, y quedaron tan maravilladas que no podian creer fuese cierta tanta felicidad.

## VI.

—¡Oh! ¡qué hermoso es esto! ¡qué bien se está aquí! exclamaron cuando hubieron vuelto de su asombro. ¡Qué diferencia entre este bello jardin que recibe la luz deslumbradora del sol y aquel negro bosque donde hemos vivido ignoradas!

Aquí dá gusto ser hermosa, porque aquí se verá, se admirará, se amará nuestra hermosura.

Las muy locas no conocian que no se ama todo lo que se admira.

Todas se levantaban orgullosas, y procuraban igualar á sus temidas rivales en gallardía y gentileza. Pero en vano: Dios las habia hecho florecillas del campo y florecillas eran, por más que creyeran otra cosa. Para colmo de males, no podian hablar unas con otras porque se las habia separado; las hermanas estaban lejos de las hermanas; la familia estaba dispersa. Así lo exigia la simetría; cada una tenia su sitio señalado. ¡Como que allí no se trataba de que fueran dichosas, sino de ser bonitas y de servir de preciado adorno en el jardin.

## VII.

Entristeciéronse un poco; pero les consolaba la idea de que pronto vendrian á verlas y las hallarian preciosas y se lo dirian, y esta felicidad valia más que la vida oscura y en familia.

Ya estaban deseando que alguno viniera á verlas; ya se preparaban á recibirle; ya se gozaban en el asombro que experimentaria quien las viera tan bellas, tan galanas, tan coquetas.

## VIII.

Pero ¡oh sorpresa! ¡oh dolor! ¡oh desgracia! ¡oh confusion! no llamaban la atención de nadie, nadie reparaba en ellas, y si no hubieran estado en lugar seguro, la gente las habría pisado con la mayor indiferencia. Las rosas de cien hojas, las dalias, que ocultan bajo su ropaje rojo su orgullosa nulidad, y todas las flores que no tienen otro encanto que su color y su forma, eran las únicas admiradas y encarecidas por la gente como reinas del magnífico jardin.

Ellas están allí en su casa recibiendo los homenajes de la concurrencia, indiferentes, orgullosas, como que ya

están acostumbradas á ellos, y ni siquiera los agradecen.

Y en efecto, ¿qué importancia podian tener las sencillas campanillas blancas, la pobre agrimonia silvestre, la dulce malva, la estimable salvia, la pobre guileña, la humilde primavera, el lirio de los valles, la coronilla, el pirigallo, la escabiosa, la mandrágora, á pesar de su rareza, la modesta amapola, la rosa salvaje y la sentimental bellorita al lado de la orgullosa margarita, de las rosas de olor y de las rosas de las cuatro estaciones, y de las rosas de mil hojas, y de las rosas reales, y de las siete mil novecientas siete variedades de rosas, en fin, que hacen la gloria de los buenos jardines,—sin olvidar las dalias, las camelias, las hortensias, los don diego de noche, los narcisos, los claveles, los girasoles, y tantas otras?

## IX.

¡Cuánto lloraron las pobres florecillas de los bosques! ¡Cómo echaron de menos la sombra del bosque, y el musgo, y el silencio y el reposo! Pues ¿y cuándo vino el jardinero con su azada en la mano? Todas temblaban, llenitas de miedo, y hubieran querido poder esconderse bajo tierra. Pero no fué más que un susto. La hora de la muerte no habia llegado aun para ellas, de la muerte violenta, á mano airada, de la muerte horrorosa de que no tienen la menor idea las flores de los bosques; porque en estos las flores mueren todas de muerte natural, y solo cuando Dios quiere, como dueño único que es de todo lo que vive.

## X.

Pero aunque no les daba muerte el jardinero sufrían mucho.

El sol de medio día, que caía á plomo sobre ellas, acostumbradas á no recibir sus reflejos sino á través de un velo de verdura, las quemaba sin piedad, y no encontraban cerca un arroyuelo que refrescara un poco su raíz seca. De cuando en cuando, el jardinero arrojaba como por compasión sobre ellas un poco de agua; pero ¡qué agua! y además este socorro no llegaba jamás á tiempo, y más de una estuvo á punto de morir por haber sido regada con alevosía y ensañamiento. —Ni un poco de yerba, ni un poco de musgo tenían al rededor, y habían de resignarse á vejetar en una tierra árida y negra, removida todos los días para que no naciera una planta amiga al lado de las pobres florecillas.

## XI.

—¡Ah! huyamos de esta tierra inhospitalaria, dijeron una mañana las más sinceras, y volvamos á nuestro país.

Pero, ¿cómo ponerse en camino sin tener la costumbre de andar?... Otra vez volvieron á dirigir á Dios su plegaria (¡la plegaria del naufrago!) y

esperaron el milagro que las había de sacar de aquel maldito lugar. Pero el milagro no llegaba, porque los ángeles no están siempre dispuestos á servir á los habitantes de la tierra, cuando estos abusan de sus bondades. Algunos pidieron á Dios que oyese la súplica de las flores; pero Dios no la quiso oír.

## XII.

Desde entonces hay florecillas silvestres en los jardines, y como si la maldición del cielo pesara sobre su infortunada raza, jamás las pobrecillas han podido crecer ni ser más hermosas; son y serán siempre lo que eran cuando abandonaron sus bosques, y el cultivo no las ha hecho más bellas. Dios lo dispuso así para castigar su vanidad.

Así como el orgullo y la curiosidad perdieron al primer hombre, así han perdido á las flores de los bosques y los valles.

Niños, reflexionad en la moral del cuento: la vanidad es un vicio abominable, y la modestia una virtud estimabilísima.

P. J. STAHL.

## MI CACERÍA DE AYER

Con la escopeta y mi perro,  
alegre el alma y tranquila  
trepaba ayer por un cerro,  
que á un verde valle vigila.

—  
Cuando alzando la nariz  
mi buen can, partida en dos,  
coje un rastro de perdiz  
y de él se abalanza en pos.

—  
Llega á un verde tomillar  
donde una perdiz levanta,  
que al verle rompe á piar  
corriendo en torno á la planta.

—  
Bien pronto pintados pollos,  
no más grandes que gilgueros,  
saltaron de aquellos tollos  
apëonando ligeros.

Siguiendo su noble raza  
iba mi perro á caer  
sobre la menuda caza  
que corre á todo correr.

—  
Cuando con ronco silbido  
paro sus vivos desvelos;  
que á compasión me ha movido  
la perdiz con sus hijuelos.

—  
Queda en paz, ave pintada,  
á salvo tu cria está,  
no corras ni temas nada,  
al nido vuélvete ya.

—  
Pide en tu canto de amor,  
al cielo los ojos fijos,  
que al hallarte un cazador  
recuerde cual yo á sus hijos.

R. T. MUÑOZ DE LUNA.



## LOS REGALOS DE AÑO NUEVO.

(LEYENDA.)

El ángel de la Esperanza, el de la frente pura y radiante, de voz suave, de amorosísima mirada, de encantadora sonrisa, habia descendido del cielo con los últimos rayos del pálido sol de Diciembre. El frio era intenso, la tierra estaba helada, y los niños ignorantes del pasado, sin cuidados del porvenir, se dormian lentamente soñando por primera vez en *mañana*, en los brazos del celestial enviado que les decia:

«Dormid, niños, dormid, y soñad venturas y felicidades. Ya va á venir el ángel de año nuevo, vuestro divino hermano, que os traerá ricos dones ó modestos presentes, si habeis sido buenos en el año que acaba.

Dormid, niños, hasta la mañana, y no turbe vuestro sueño el espíritu del mal.»

Y los ángeles de la tierra, arrullados por la dulce voz del ángel de la Esperanza, cerraban los párpados y dormían.

Entonces bajó el ángel de Año Nuevo, derramando flores sobre las frentes puras de los niños, y llegando al lecho del niño rico que había sido piadoso y bueno todo el año, le dijo:

«Mañana cuando despiertes hallarás ricos presentes, y te dirán que yo te los he traído. Mañana la ternura maternal te ofrecerá dulces esquisitos, juguetes ingeniosos, bellas imágenes, trajes magníficos, y se llenará tu corazón de pura infantil alegría. Mañana tendrás tú muchos dones supérfluos, y el hijo del pobre buscará en vano en el desmantelado hogar un recuerdo del año nuevo, y llorará y se quejará de su poca fortuna.

Niño, si quieres ser amado de mi Padre, parte con tu hermano pobre los regalos de año nuevo, dale algún vestido que dé abrigo á sus helados miembros, dále el pan blanco que aplacará su hambre, y que será para él un delicioso manjar, porque jamás ha probado otro que el duro y negro pan de la indigencia.

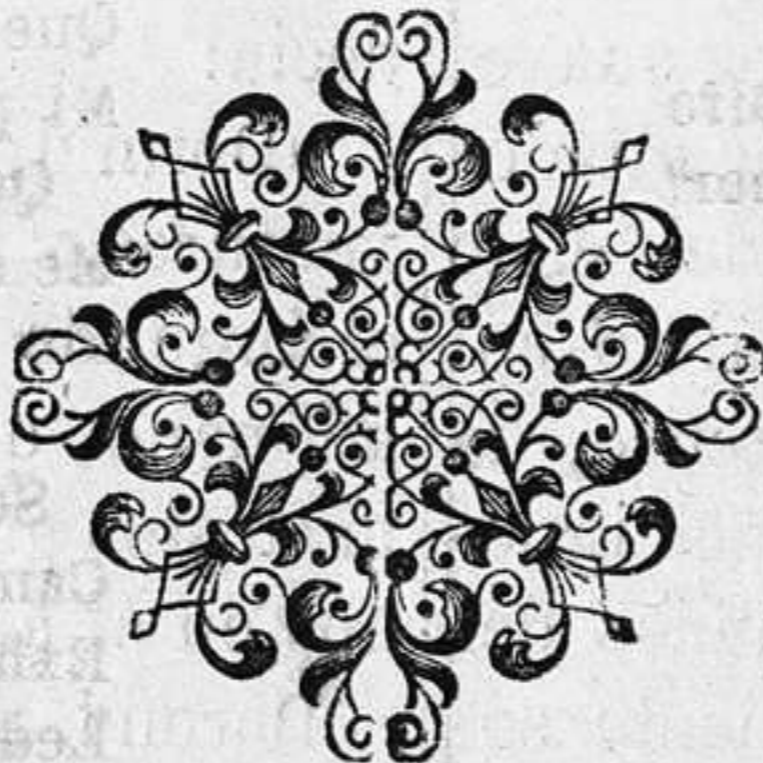
«No olvides, niño, que gozar uno solo es una desgracia, y partir con el desgraciado los goces, es una de las alegrías del cielo.»

Después el divino niño fué al lecho miserable y duro del pobre, y dijo á este:

«Duerme, niño, duerme, querido hermano mio. Mañana te despertarás para volver á experimentar la miseria y á sentir el dolor: mañana buscarás en vano los regalos de año nuevo. Tu madre es pobre, no puede darte, por mucho que te ame, y á pesar de su trabajo incesante, más que su pan negro y su ternura... ¡Hermano! ten valor, Dios no te olvida, Dios te ama, porque eres bueno.»

El día siguiente, el hijo del rico estuvo triste y preocupado hasta que fué á partir los regalos de año nuevo con su vecino el hijo del pobre. Este, consolado por la dulce visión que había visto en sueños, no había llorado al levantarse, viendo que no tenía ningún regalo de año nuevo, y su alma experimentó una felicidad inefable al recibir de manos de su hermano rico delicados presentes. Su pobre madre vertió por primera vez lágrimas sin amargura, y en sus oraciones á Dios y á la Santísima Virgen unió los nombres del hijo del rico y del suyo.

Y en el cielo cantaron los ángeles: ¡Gloria á Dios! ¡Paz y ventura á los hijos de los hombres, que se aman con amor fraternal!



## EL RECIEN NACIDO.

(VILLANCICO.)

## I.

Es una noche de invierno,  
De luceros coronada:  
Todo enmudece: los rios  
Quedo susurran ó cantan.  
¿Veis de aquel lejano monte  
Lucir la risueña falda  
Con el fulgor de una hoguera  
Que suelta al viento su llama?  
Allí rústicos felices  
En cuyas sencillas almas  
Arde el júbilo que brilla  
Como sol en su mirada,  
Al son del rabel campestre  
Que hace resonar las auras,  
En derredor de la lumbre  
Bullen y triscan y danzan.

## II.

DICEN LOS MANCEBOS.

¿Por qué, zagalas, vuestro alborozo?  
¿Quién os inspira grato placer?  
Vuestro semblante  
Retrata amante  
Risa inocente, llanto de gozo,  
Que hace en amores el pecho arder.

DICEN LAS DONCELLAS.

Decid vosotros que en ráudo giro  
De aqueste fuego vais en redor,  
¿Quién os augura  
Tanta ventura?  
¿Quién os arranca dulce suspiro  
Como suspiro de inmenso amor?

DICE UN PASTOR.

Vagaba en el verde otero,  
Pensando en mi tierna fé,  
Cuando en clamor lastimero  
Dijo un corderillo: «¡bé!»  
Entré en el bosque escondido,

Mi amante sueño á seguir;  
Y el blando humilde balido  
Torné del vellon á oir.

Subí al escarpado monte,  
Y en la densa lóbreguez  
Por el opuesto horizonte  
Sonó el gemido otra vez.  
Y cuando hallarle anhelaba  
Vi en el cielo el arrebol  
De una estrella que brillaba  
Mas espléndida que el sol.

DICEN LAS DONCELLAS.

Vanas quimeras  
De tu ilusion  
Son esas voces,  
Sábelo Dios.  
La blanca estrella  
Cuyo fulgor  
Ante tus ojos  
Resplandeció;  
Y el eco triste  
De aquella voz,  
Serán recuerdos,  
Llenos de amor,  
De la zagala  
Que aprisionó  
Con su hermosura  
Tu corazon.

DICE UNA CAMPESINA.

Dejad que el lábio mio  
Cuenta, zagales,  
Que de júbilo lleno  
Mi pecho late.  
Quizá vosotros  
Me digais en hablando  
Por qué es su gozo.

Se hallaban en silencio  
Campos y montes:  
Exhalaba mi fuente  
Ledos rumores:  
Todo dormia:

Solo velaba en sueños  
El alma mia.

Súbito, de los valles  
La paz turbando,  
Tres veces en mi choza  
Cantó mi gallo.

Y entre las sombras  
Vocecitas de niños  
Dijeron: «¡gloria!»

Mi corazon dió un bote,  
De puro gozo;  
Vertieron de alegría  
Llanto mis ojos;  
Como si el alma  
Viera cumplirse el sueño  
De su esperanza.

Recorrí monte y valle,  
Mas ¡ay! en vano;  
Que mis ojos ansiosos  
Nada encontraron.  
Solo sentia  
Las voces que en los aires  
«¡Gloria!» decian.

Explicadme en buen hora  
Por qué sin tino  
Gimo á la par que canto,  
Lloro y sonrío.  
Mas ¡oh! bailemos;  
Siga la alegre rueda  
Junto á ese fuego.

DICEN LOS MANCEBOS:

¡Ja! ¡Ja! loquilla,  
Soñando estás:  
Las cantinelas  
Que oyes sonar,  
Serán las auras  
Que ledas van  
Por el follaje  
Del encinar.  
La danza siga;  
Ruede á compás,  
Que de las llamas  
El chispear  
«Gozad alegres,»  
Diciendo está,  
«Vuestra sencilla  
»Felicidad.»

### III.

En esto en la oscura sombra  
Fulgor insólito brilla  
Que de la turba sencilla  
El alma inocente asombra.

Y una voz, más dulce y pura  
Que el arpa en sus dulces sonos,  
En aquellos corazones  
Con blando acento murmura:

«Yo soy, Niño, aquel Dios fuerte  
Que á su gloriosa venida  
Debe derramar la vida  
Sobre este mundo de muerte.

Dáme el hombre en sus agravios  
Senda erizada de abrojos;  
Yo le doy paz con mis ojos,  
Y caridad con mis lábios.

Presto mirra, incienso y oro  
Daráme en sublime ofrenda,  
Mas alguien habrá que venda  
De esta mi sangre el tesoro.

Para romper en pedazos  
La cadena que le infama  
Hay una cruz que me llama,  
Abiertos á mí los brazos.

¡Ea! Levantad la frente:  
Justos, seguid tras mi huella:  
Yo soy de Jacob la estrella  
Que apareció por Oriente.

Nunca de mayor victoria  
Tendreis ya promesa alguna:  
Si un pesebre fué mi cuna  
Será un cielo vuestra gloria.»

### IV.

Así de un ser invisible  
Dice la amorosa voz;  
Y en lágrimas de alegría  
Anega su corazon.

El fuego amigo abandonan;  
Cesa la rueda veloz:  
Parten sin saber adónde,  
Lanzando gritos de amor;

Cuando venerable anciano  
La laca turba paró,



Y estas palabras les dice  
Llenas de amante fervor:

EL ANCIANO.

En un humilde pesebre  
Un niño sin par nació;  
Mas hermoso que los cielos  
Con su luna y con su sol.

El mundo salta de gozo,  
Como también salto yo.  
¡Vamos á verle, zagales?  
—Se llama Jesús y es Dios.

TODOS (*con extremo júbilo.*)

«Bien haya, anciano, tu noble acento  
Que dicha tanta nos reveló:

Esa es la pura  
Dulce ventura  
Que en los arcanos del pensamiento  
Nuestra esperanza nos ofreció.

¡Vamos al punto! Batid las palmas  
Que aquel lucero nos da su luz.

¡Ved sus destellos

Puros y bellos!

El es el norte de nuestras almas!

¡Bendito seas, Niño Jesús!»

V.

Y todos alegremente  
Parten, del amor llevados,  
Por una estrella guiados  
Que se levanta en Oriente.

ANTONIO ARNAO

## LO QUE PUEDE UNA MUJER

(CONCLUSION.)

### VIII.

#### LA MISERICORDIA DE DIOS.

Manolito, que no pensaba en su mujer, que no se acordaba de su hija, empezó á pensar en la pobre que se colocaba á pedirle limosna en la puerta de la casa de juego.

El imbécil sospechó si sería aquella alguna de las muchas á quienes él había enamorado, si acaso sería aquel un medio de llamarle la atención... en fin, sospechó todos los absurdos imaginables, pero no sospechó la verdad. Es verdad que él no creía capaz á su mujer de salir de noche y de ponerse á pedir una limosna mucho menos, ni juzgaba que podría hallarse en ese caso; tenía por seguro que la ruina de los padres de Rosita no había sido tan radical como era en efecto, é imaginaba

que prestaban auxilio á la infeliz abandonada esposa.

Nada, pues, mas lejos del pensamiento de aquel insensato que la sospecha de que aquella mano que tomaba la limosna era la que él había tomado y hecho suya en los altares.

Sus amigos le confirmaron en la creencia de que allí había algún misterio.

Una noche Manolito siguió á la mendiga y la vió entrar en una casa desconocida para él.

Precisamente aquel día Rosita había mudado de casa.

La señora Paulina, su vecina, había alquilado un cuartito bajo en una casa que tenía un buen patio, y Rosita, que la había tomado afecto, así como también Angelita, decidióse á vivir con ella, pagando la mitad de la habitación, con lo cual hacía un servicio á

aquella pobre y daba una gran alegría á su hija, que ya no sabia separarse de la vecina, y que en aquel patio podria pasear y tomar el sol y el aire, mejor que en el mezquino cuarto en que habian vivido hasta entonces.

Manolito no pudo averiguar nada.

Es verdad que tampoco hizo mucho por averiguar mas.

Estaba tan preocupado con sus vicios, con su juego, con sus trapisondas de todo género, que no tenia tiempo para pensar en otra cosa.

Ya habia vuelto á ser elegante, y se habia hecho bolsista.

Era el único juego en que le faltaba adiestrarse.

Una noche, Rosita, que ya creia no



tener que volver mas, porque le habian prometido trabajo para un dia próximo, fué á pedir limosna á su marido. Esperó en la sombra, como siempre.

Desde la calle se oia gran rumor en la casa de juego; se conocia que la concurrencia era numerosa.

Luego se oyeron voces, como si riñeran algunos hombres.

Luego se oyó abrir la puerta con estrépito.

Rosita hubiera querido huir, pero estaba clavada en aquel sitio, como si una fuerza invisible la detuviera.

Allí estaba convulsa, anhelante, sintiendo oprimido su corazón como por un funesto presentimiento.

Bajaban muchos hombres.

—Es V. un miserable, gritaba uno en la escalera.

—¡Fuera! gritaban otros.

—¡Cobarde! gritó una voz que Rosita reconoció como la de su marido.

Y un segundo después, menos de un segundo después, vió salir á éste, alterado, furioso, y detrás, con otros, un hombre que le amenazaba con denuestos é injurias.

—Ya estamos en la calle, dijo el desconocido... Ahora, fullero, miserable...

Sonó un ¡ay! desgarrador, y Rosita corrió á interponerse entre aquel hombre y su marido, á quien se abrazó gritando:

—¡Es el padre de mi hija!...

Y al mismo tiempo sonó la detonación de un arma de fuego.

El desconocido había disparado sobre Manolito, pero la bala no le había alcanzado; había herido á Rosa.

Manolito sostuvo en sus brazos á su mujer, que había perdido el conocimiento, y cuyo rostro estaba lleno de sangre.

El miserable asesino huyó creyendo que había muerto á la pobre mujer, y los demás jugadores, temerosos de verse enfrente de la justicia, huyeron también.

Allí quedaron Manolito y su mujer, á quien aquel sostenía en los brazos; instantáneamente acudieron los sere-

nos, y luego la autoridad, y se dispuso, antes que nada, auxiliar á la herida.

Manolito estaba aterrado, y no pudo en los primeros momentos hacer su declaración. Solamente pudo decir que la víctima era su mujer.

Rosita parecía gravemente herida; estaba literalmente cubierta de sangre.

Trasladada á sitio conveniente, reconocieronla los médicos, y hallaron que la herida no ofrecía la gravedad que se había temido. Mas grave que la herida era el estado de agitación nerviosa en que se hallaba la infeliz esposa.

La herida era una rozadura en la mejilla; la bala había tocado al pasar, levantando la piel y produciendo una lesión que no ofrecía cuidado.

Pero ya se ve que faltó muy poco para que Rosita quedara muerta en el acto.

El juez interrogó á Manolito, mas sereno ya, y éste tuvo que pasar por la vergüenza de confesar que había estado en una casa de juego, que allí se había producido una disputa entre él y el que disparó el arma en la calle sobre él, hiriendo á la pobre Rosita, que se puso delante á servirle de escudo.

—¿Su esposa de V. estaba en la casa de juego también?... preguntó el juez mirando á Manolito con severidad.

—No, señor juez.

—Entonces...

—Estaba... estaba á la puerta.

—Comprendo, esperándole á V., dijo el juez con un acento que revelaba el profundo desprecio que le inspiraba aquel marido y la simpática conmiseración que sentía por aquella esposa.

Habiendo dicho los médicos que la enferma podía ser trasladada á su domicilio, tuvo Manolito que manifestar

que estaba separado de su mujer, y por consiguiente vivía en otra casa.

En aquel momento volvió en sí Rosita y pudo indicar cuál era su domicilio, y contestar discreta y delicadamente, procurando atenuar la responsabilidad de su marido á las preguntas que le hizo el juez.

Y después fué trasladada, no teniendo fuerzas para andar, en una camilla á su casa.

Y el infame esposo siguió, lleno de vergüenza, y porque Dios se compadecía de él, de remordimientos, á los hombres que conducían la camilla.

Cuando entraron en la casa que habitaba la infortunada esposa, y la señora Paulina se enteró del suceso, apostrofó de tal manera al marido en el lenguaje franco y sencillo de las gentes honradas del pueblo, que Manolito bajó la cabeza y no tuvo que contestar á aquellas vehementes y honradas palabras.

Angelita se despertó, y pronto conoció que alguna desgracia había ocurrido, y cuando vió á su madre en el lecho, con la cara vendada, y á su padre allí inmóvil, avergonzado, miró á éste profundamente, y exclamó con una severidad impropia de sus años:

—¡Ha sido papá el que ha herido á mamá!...

—No, hija mía, se apresuró á decir la buena señora Paulina, no creas eso, que sería horrible...

—Besa la mano á tu padre, dijo Rosita con débil acento.

Y Angelita, obediente, llegóse á su padre, le tomó la mano y se la besó.

—Estás temblando, papá, dijo; no, no has sido tú el que ha hecho el daño á mamá.

Manolito estaba visiblemente con-

movido; no se atrevía á mirar á su hija.

Dios había tocado en el corazón á aquel hombre.

El día siguiente, Rosita estaba mejor; la escitación nerviosa, producida más que por la herida, por la terrible escena que la infeliz había presenciado á la puerta de la casa de juego, había cedido mucho, á lo cual sin duda había contribuido no poco la esperanza que la alentaba de que en su marido se iba á operar un cambio favorable.

Este había permanecido en la casa de la enferma.

Serían las doce de la mañana cuando llegó doña Martina, la compañera más que criada de los padres de Rosita.

La buena mujer no podía ocultar el júbilo; iba á anunciar á la hija de sus señores una buena noticia.

No pudiendo ir Rosita á casa de sus padres, decidió que fuera Angelita con doña Martina, y que ella la trajese la venturosa nueva que esta le anunciaba.

La noticia era en efecto fausta para toda la familia. En casa de D. Antonio se había recibido carta de Nueva-York, de aquel traidor amigo que se fugó con los fondos de la honrada familia, juntos con otros muchos de diversas procedencias.

El hombre había hecho buenos negocios, y escuchando la voz de su conciencia, devolvía á D. Antonio una importante suma de algunos miles de duros, y le ofrecía ir devolviéndole el resto en menos de un año.

La misericordia de Dios alcanzaba á toda la familia.

Angelita volvió loca de alegría á referir el suceso á su mamá.

Cuando Manolito oyó la noticia, acercóse al lecho de Rosita, y dijo con voz conmovida:

—Rosa, he sido un miserable; por mí habeis sufrido tú, mi hija, tus padres; por mí has pedido limosna; por mí has estado espuesta á morir desastrosamente; comparo tu conducta con la mia, y yo mismo me odio, me abomino al considerarme tan infame. Tus padres tienen ya medios sobrados de atender á tu subsistencia y á la de nuestra hija. Yo nada tengo, todo lo he perdido, hasta el honor, en aras del vicio miserable. Yo solo debo sufrir, y me voy con mi vergüenza y mis remordimientos á vivir oscuro é ignorado y á buscar en el trabajo el pan de cada dia. Hoy rompo con el vicio, y rompo tambien con la sociedad, por indigno de ella. Hallaré un recurso en el trabajo mas humilde, y pediré á Dios que me perdone y os haga felices á tí, á mi hija y á tus padres.

Rosa lloraba, Angelita se habia abrazado al cuerpo de su padre, y la señora Paulina tampoco podia contener las lágrimas.

—Manuel, dijo Rosita, alargando la mano á su marido; todo ha pasado, todo ha sido un sueño, tú eres mi esposo, y tu deber es vivir conmigo, vivir al lado de tu hija inocente. Has

reconocido tu error y Dios te ha perdonado ya, y me ha perdonado tambien á mí. Yo cometí una grave falta, una falta que ninguna hija debe cometer. Fuí ingrata y desobediente á mis padres, cuando contra su dictámen y despreciando sus consejos y su amor, me casé contigo.

Hoy he redimido mi culpa por el sufrimiento y la resignacion, y Dios ha creído, en su inefable bondad, bastante ya mi castigo. Quieres trabajar; ese es honrado propósito, y lo puedes cumplir al lado nuestro. No te faltará en qué ocupar tu inteligencia, sin necesidad de recurrir á un trabajo humilde.

Grande fué la alegría de los padres al saber que habian tenido término los sufrimientos de su hija y de su nieta, y de buen grado perdonaron á su yerno, que desde entonces fué buen esposo y buen padre, y llegó á encontrar en su inteligencia, libre ya de la maléfica influencia del vicio, recursos con que ganar honrada y dignamente el pan de su familia.

Y aquí termina, queridos lectores míos, esta sencilla narracion, que prueba cuánto *puede una mujer* que se propone rendir culto constante á la virtud.

C. FRONTAURA.

## LA LUNA

Mucho os habrá sin duda llamado la atención ese hermoso astro que vemos por la noche, y que nos envia á veces sus melancólicos rayos, como si quisiera con sus intervalos hacer mas encantadora la luz con que nos favorece. Quisiera en verdad, deciros algo sobre

él, y no sé si acertaré á exponéroslo de modo que pueda seros grato.

La Luna es un astro satélite de nuestro planeta, y que para nosotros es, despues del sol, el mas importante, no porque lo sea en realidad, sino porque por su gran proximidad lo vemos de

tan gran tamaño. Es cuarenta y nueve veces mas pequeño que la Tierra, siendo su rádio la cuarta parte próximamente del de nuestro planeta. Su masa es ochenta y ocho veces menor que la del globo que habitamos.

Sabeis, supongo, que se hacen dos divisiones de los astros; unos que tienen luz propia, otros que no la tienen. La Luna es de estos últimos, y la luz que nos envia es reflejada de la que recibe del Sol.

Os he dicho que la Luna es un satélite de la Tierra, y por esto podeis suponer que está á nuestro servicio. En efecto, está sin cesar dando vueltas alrededor de nosotros, y os diré que á esto se llama movimiento de revolucion. No creais por esto que es el único que posee, pues además gira sobre sí misma, y á esto se llama movimiento de rotacion.

Por lo dicho veis que nuestro satélite tiene dos movimientos, y estos se verifican en un período igual de tiempo.

¿Cómo, direis, se sabe esto?

Muy fácilmente, queridos niños, puesto que presentándonos la Luna las mismas manchas continuamente en su superficie, es prueba de que solo vemos una de sus caras, y que por lo tanto emplea el mismo tiempo en sus movimientos de revolucion y rotacion, pues solo así puede presentarnos siempre la misma faz.

Supongo, amados lectores, que os vais aficionando á la Luna, y que sentís deseos de saber todo lo que de notable pueda comunicaros. Voy, pues, á procurarlo, queridos niños.

Os he dicho que vemos á nuestro satélite de tan gran tamaño por causa de su proximidad á nosotros, y puedo tambien deciros que la distancia que

nos separa es de 70.000 leguas próximamente.

¡Setenta mil leguas, direis, qué gran distancia!

No, queridos niños, no es grande como tal vez pudiérais suponer: 70.000 leguas es una distancia insignificante si la comparamos con los millones de leguas que nos separan de otros astros. Nosotros, pues, estamos relativamente muy próximos á la Luna, la hermosa Febe de los antiguos.

Sabemos ya la distancia que nos separa de nuestro satélite, pero habeis de saber que esta distancia no es siempre la misma, puesto que aquel describe en su movimiento de traslacion una elipse, y por lo tanto varía. Esto no obstante, podeis decir como término medio las 70.000 leguas de que os he hablado, y si quereis determinar fijamente la distancia á que la Luna se encuentra de nosotros, sabed que en su apogeo, ó sea cuando está mas lejos, dista 247.000 millas, y en su perigeo, ó sea cuando mas cerca, 210.000 millas solamente, ó sean las 70.000 leguas ya dichas.

Otra cosa habrá tambien preocupado vuestra atencion; me refiero á las fases de la Luna.

¿Por qué unas veces la vemos redonda, por qué otras disminuye ó aumenta, presentándonos tan diferentes figuras?

Os he hablado del movimiento de revolucion de la Luna, y sabeis que ésta por consecuencia de él se encuentra en diferentes posiciones respecto de nosotros y respecto del Sol. Unas veces se halla en conjuncion, es decir, en línea recta ó interpuesta entre el Sol y la Tierra; entonces recibe la luz por la cara opuesta á nosotros, y tenemos lo

que se llama *novilunio* ó *Luna nueva*. Vosotros habreis visto por demás el aspecto con que entonces se nos presenta. Sigue luego su vuelta, y va iluminándose poco á poco, formando lo que se llama cuarto creciente, hasta que llega á estar en línea recta con el sol y la tierra; mas esta vez no se encuentra entre los dos, y luce por esto su faz iluminada y aparece hermosa á nuestra vista, como la vemos en la *Luna llena*.

En la continuacion de su movimiento llega otra vez, disminuyendo su parte iluminada y formando el cuarto menguante, á encontrarse en conjuncion y á formar la *Luna nueva*.

Hé aquí las fases de la Luna, hé aquí la causa de que unas veces la veais completamente iluminada y otras solo en parte.

Muchas veces tal vez habreis querido pintar á la Luna, y vosotros, como todos, habreis dibujado una circunferencia y en su interior dos ojos, una nariz y una boca. Hé aquí la Luna, habreis dicho.

¿Es cierto, queridos niños?

Yo, que lo supongo así, debo deciros que el astro, como ya supondreis por lo dicho, no tiene ojos, nariz, boca ni nada semejante.

¿Qué son, pues, esas manchas que claramente distinguimos en la Luna? me preguntareis.

La Luna, como la Tierra, tiene su suelo accidentado; es decir, que en la Luna hay montañas, valles, etc. Quisiera poder presentaros algún mapa selenográfico (pues tambien hay mapas de la Luna), y en él veríais representada la faz que dicho astro nos presenta constantemente.

Entre los mejores mapas selenográ-

ficos se cuenta el de los señores Beer y Mordlet, de Berlin.

La Luna, pues, tiene altísimas montañas, y como prueba sabed que los montes Doefeld tienen 7603 metros de altura, los Leibnitz 7600 (1), y escusado creo deciros los nombres y alturas de todos ellos.

Las de estas montañas se han medido por medio de la sombra que proyectan.

Nada mas tengo que deciros sino es que la luz de la Luna es reflejada á la Tierra de la que aquella recibe del Sol, y que es 300.000 veces menor que la que del rey de los astros recibimos nosotros.

Ya habreis vosotros comparado la dulce luz de la Luna con la brillante y deslumbradora del Sol; esta hiere nuestros ojos, aquella es tranquila y suave á la vista; no creais, amados niños, que nosotros no pagamos á nuestro satélite la luz que nos envia, no: somos tan agradecidos, que la damos una claridad cuarenta y nueve veces mayor que la que de ella recibimos.

Por esto vereis que hasta los astros devuelven los favores recibidos: sírvaos esto de ejemplo para que siempre hagais lo mismo. Sí, queridos niños, que en vuestro corazon germine siempre el agradecimiento, que siempre tengais un bien mayor para otro recibido. De este modo, obrando así, podreis alegraros tal vez muchas veces en vuestra vida, pero seguramente nunca os apesadumbrareis.

Bien por mal; hé aquí cuál debe ser vuestra enseña en esta vida.

EDUARDO THUILLIER.

Puerto de Santa María.

(1) Julio Verne, *Al rededor de la Luna*.

## AUTÓGRAFOS DE ESCRITORES CONTEMPORANEOS.

La Religion es la mas poderosa fuerza de coesion en toda sociedad.

Un pueblo cristiano, que no ha perdido sus creencias religiosas, puede regenerarse y recobrar su antiguo poderio, si lo hubiese perdido.

El pueblo que confunde en un solo sentimiento su fe religiosa y su amor patrio es invencible, y si perdió su independencia la recobra tarde o temprano. España ha dado dos veces testimonio de esta verdad.

La intolerancia de los fanáticos es excusable hasta en sus excesos, porque en el fondo encierra un sentimiento moral: la intolerancia de los hipócritas es un acto de inmoralidad.

Juan Mañé y Flaquer

La precedente página autógrafa pertenece al escritor distinguidísimo que dirige el *Diario de Barcelona*, periódico el mas antiguo y uno de los de mas circulacion é importancia en España.

El señor Mañé y Flaquer es un verdadero periodista, hombre independien-

te, imparcial, desapasionado; el periodismo, tal como lo comprende y lo ejerce el señor Mañé y Flaquer es, en efecto, un magisterio respetabilísimo.

En Cataluña goza este escritor gran reputacion, y sus artículos en el *Diario* son buscados y leídos con verdadero interés.



Después de haber publicado tantas páginas autógrafas de las eminencias literarias y políticas de la capital de España, hemos creído que debíamos también ofrecer á nuestros lectores las de aquellos escritores de gran talento que existen en nuestras provincias, y dar el primer lugar á la del popular director del *Diario de Barcelona*, que si no es la capital de España, es la de la industria, la del amor al trabajo.



## À LOS LECTORES

Terminamos hoy el segundo volumen de *Los Niños*, y antes de comenzar el tercero, nos dirigimos á nuestros queridos favorecedores, suplicándoles se dignen seguir prestándonos su ayuda en la buena obra que tenemos la pretension, acaso inmodesta, de hacer con la publicación de esta *Revista*.

Las circunstancias que atraviesa el país cada vez son mas desfavorables, cada vez mas contrarias á esta clase de publicaciones, que necesitan, más que otras, para vivir prósperamente, que haya paz, orden, union entre los hombres y en la familia, tranquilidad y bienestar en el hogar doméstico, y sobre todo que la instruccion pública esté á la gran altura en que está en los países verdaderamente ilustrados, verdaderamente civilizados.

Publicaciones como *Los Niños* en los tiempos presentes no ofrecen á los que las emprenden mas galardón que el de hacer una obra honrada y meritoria; en cuanto á productos materiales, nuestros libros de gastos é ingresos acreditan que los dos tomos publicados de *Los Niños*, por el excesivo precio del papel, y por la profusion de dibujos y grabados, nos han costado bastante mas de lo que ha producido la suscripcion.

No importa; el periódico tiene asegurada su existencia, y empeñados en esta que juzgamos honrosa empresa, estamos dispuestos á hacer todos los sacrificios imaginables para que el tomo tercero, que empieza en el año de 1871, sea todavía mejor, literaria, artística y tipográficamente considerado, que los dos publicados.

Reiteramos nuestra súplica á nuestros favorecedores para que sigan honrándonos con su abono, y propagando la publicación entre sus conocimientos.

Madrid 31 de Diciembre de 1870.

LA REDACCION.



DE LAS MATERIAS CONTENIDAS EN ESTE TOMO.

	<u>Páginas.</u>		<u>Páginas.</u>
Lo que es indispensable, por Stahl. . . . .	1	Viaje al país de la gramática (conti-	
La enfermerita. . . . .	3	nuacion.) . . . . .	44
Santa Teresa de Jesús, por D. A. Arnao. . . . .	4	—	66
La hija de la selva, por doña Angela Grassi. . . . .	7	—	101
Lo que puede una mujer, por D. Carlos Frontaura (continuacion). . . . .	12	—	137
—	48	—	157
—	81	—	177
—	122	Pensamientos morales. . . . .	24
—	161	—	35
—	193	—	56
—	217	—	58
—	234	—	80
—	250	—	90
(conclusion)	265	—	116
La guerra. . . . .	17	—	135
Historia de España.—Dominacion de los árabes, por D. M. Caballero de Rodas. . . . .	19	—	144
El zapatero y el rico, por D. C. Frontaura. . . . .	21	La Asuncion, por D. A. Arnao. . . . .	29
El cordero. . . . .	22	Colegio de Mataró . . . . .	30
Viaje al país de la gramática, por J. Macé (continuacion). . . . .	25	Un contraste, por Arnao. . . . .	33
		La niña curiosa. . . . .	36
		El niño goloso. . . . .	37
		El palacio de la vanidad, por Mad. Girardin. . . . .	38
		—	62

Páginas.	Páginas.
La hermana de la caridad, por D. Carlos Frontaura. . . . .	Máximas y consejos, por D. T. Guerrero. . . . .
40	160
La soberbia, por D. J. Alonso y Rodríguez.. . . .	Eulalia la avara. . . . .
42	164
Plegaria á la Virgen, por doña Ángela Grassi. . . . .	Ir á la escuela. . . . .
54	169
La vanidad. . . . .	N. S. P. Pio IX, por D. A. Arnao. . . . .
54	171
La lectura. . . . .	El niño gloton, por D. A. Rovira.. . . .
55	175
Las grandezas humanas, por D. C. Frontaura. . . . .	Dar de comer al hambriento. . . . .
57	180
El lobo. . . . .	Canto matutino, por A. . . . .
58	181
El primer paso.. . . .	El arroyo, por D. J. P. de Guzman. . . . .
61	183
Santo Dios, por D. A. Arnao. . . . .	La pereza, por Stahl. . . . .
64	185
El niño gracioso sin gracia. . . . .	Calderon de la Barca. : . . . .
65	190
La avaricia, por D. J. Alonso y Rodríguez.. . . .	El iris, por D. A. Arnao.. . . .
73	191
El perro esclavo. . . . .	Un recreo útil. . . . .
75	192
El cántaro roto, por D. A. Arnao.. . . .	Las violetas, por D. A. Rovira. . . . .
77	195
El diamante y el vidrio. . . . .	Los sombreritos. . . . .
84	196
A su tiempo cada cosa, por D. J. Eugenio Hartzenbusch. . . . .	Lope de Vega. . . . .
85	197
Los primeros pasos, por D. A. Arnao . . . . .	El oro y el hierro, por D. P. D. Montes.. . . .
89	201
Subida fácil, por D. J. E. Hartzenbusch. . . . .	La golondrina. . . . .
91	204
Un eco de la guerra. . . . .	Isabel la Católica, por D. E. Zamora y Caballero. . . . .
92	205
La gratitud, por doña A. Grassi. . . . .	El niño pródigo.. . . .
93	206
La crítica, por D. A. Trueba. . . . .	El Angel de la Guarda, por D. Antonio Arnao . . . . .
99	207
El congreso de los ratones, por D. Ricardo Sepúlveda.. . . .	Primero en geografía, por E. Muller. . . . .
100	211
La madre sin ventura, por D. F. Camprodon. . . . .	Amor maternal, por D. C. Frontaura. . . . .
106	214
La expiación, por D. J. Cancio Mena. . . . .	El niño indolente, por D. J. F. Sanmartín. . . . .
107	221
Deberes para con la patria, por D. M. Caballero de Rodas. . . . .	Un paseo á la orilla de un arroyo.. . . .
113	225
La sencillez, por doña Ángela Grassi. . . . .	A la Virgen Inmaculada, por D. Antonio Arnao. . . . .
116	228
La gallina de los huevos de oro, por don C. Frontaura.. . . .	La hermosura, por D. T. Guerrero. . . . .
117	230
Historia natural, por D. G. Fernandez. . . . .	Un episodio de la guerra. . . . .
119	233
Los hulanos. . . . .	La riqueza del talento, por D. F. Vargas. . . . .
121	241
El ferro-carril, por L. Biart. . . . .	Moisés en el Nilo, por D. A. Arnao. . . . .
129	243
Una observacion en un viaje. . . . .	La Natividad, por D. E. Zamora y Caballero. . . . .
134	245
El niño holgazan. . . . .	La pintura. . . . .
136	248
El cedro y los espinos. . . . .	El invierno. . . . .
140	249
Eva y María, por D. A. Arnao.. . . .	El gato travieso, por A. . . . .
141	255
La electricidad, por D. R. Santisteban. . . . .	La revolucion de las flores, por J. Stahl. . . . .
145	257
El oso y el jardinero, por D. C. Frontaura. . . . .	Micacería de ayer, por D. R. T. de Luna . . . . .
149	260
El señor Trabajo, por Nataniel Hawthorne. . . . .	Los regalos de año nuevo. . . . .
149	261
Artillería prusiana.. . . .	El recién nacido, por D. A. Arnao. . . . .
154	263
La cruz por lecho, por D. A. Arnao.. . . .	La luna, por D. Eduardo Thuillier. . . . .
156	269
	Autógrafos de escritores contemporáneos:
	— De D. Manuel Tamayo y Baus. . . . .
	11
	— Del Excmo. Sr. Conde de San Luis. . . . .
	29
	— De D. Aureliano Fernandez Guerra y Orbe. . . . .
	53

	Páginas.		Páginas.
Autógrafos de D. Pedro Felipe Monlau.	70	El niño guerrero. . . . .	71
— De D. Antonio de Trueba. . . . .	86	Los niños presumidos. . . . .	72
— Del Excmo. Sr. D. Tomás Rodríguez Rubí. . . . .	110	Caza de moscas.. . . .	87
— Del Excmo. Sr. D. Antonio Cánovas del Castillo. . . . .	126	Los chicos pobres. . . . .	88
— De Fernan Caballero. . . . .	142	En la iglesia. . . . .	111
— De D. Eulogio Florentino Sanz	166	Una limosna al pobre ciego.. . . .	112
— De D. Ramon de Campoamor.	182		128
— De D. Antonio Flores (que en paz descansa).. . . . .	198	La salida de la escuela. . . . .	200
— Del Excmo. Sr. D. Leopoldo Augusto de Cueto. . . . .	222		
— De Doña Angela Grassi. . . . .	239		
— Del Excmo. Sr. D. Manuel Cortina. . . . .	254		
— De D. Juan Mañé y Flaquer.	272		
La muñeca tiene jaqueca. . . . .	16		
El retrato del maestro. . . . .	16		
Los chicos malos. . . . .	31		
	32		
	55		
	56		

## GRABADOS.

Páginas 1. <sup>a</sup> —3. <sup>a</sup> —4. <sup>a</sup> —10.—15.—16.—18.—20.—23.—24.—28.—31.—32.—36.—37.—41.—48.—55.—56.—58.—59.—61.—65.—71.—72.—74.—75.—76.—85.—87.—88.—92.—99.—100.—103.—106.—111.—112.—117.—118.—121.—124.—127.—128.—133.—134.—136.—143.—144.—147.—148.—154.—156.—167.—168.—170.—172.—174.—180.—184.—191.—192.—197.—199.—200.—205.—207.—210.—214.—219.—223.—224.—228.—233.—236.—238.—240.—244.—247.—248.—249.—255.—256.—261.—266.—273.
---



## LECCIONES DE MUNDO.

Con este título se han publicado en un bonito volúmen las *máximas* y *consejos* que para los niños ha escrito nuestro colaborador D. T. Guerrero. Alguna muestra de este libro conocen ya los lectores de Los Niños, á quienes recomendamos la adquisicion de la obra. El autor ofrece á nuestros suscritores una ventaja en el precio del libro, que es 5 rs. en Madrid y 6 en provincias, á nuestros abonados solo costará 4 y 5 respectivamente. Los pedidos deben dirigirse á casa del autor, calle de Panaderos, 16, 2.º